

Catecismo 893 La misión de santificar

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 893:

El obispo "es el administrador de la gracia del sumo sacerdocio" (LG 26), en particular en la Eucaristía que él mismo ofrece, o cuya oblación asegura por medio de los presbíteros, sus colaboradores. Porque la Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia particular. El obispo y los presbíteros santifican la Iglesia con su oración y su trabajo, por medio del ministerio de la palabra y de los sacramentos. La santifican con su ejemplo, "no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey" (1 P 5, 3). Así es como llegan "a la vida eterna junto con el rebaño que les fue confiado"(LG 26).

Es un texto muy concentrado, como todos los textos de este catecismo.

La palabra "administrador" tiene muchos matices: *El que administra no es dueño*. Jesús puso en manos de la Iglesia unos medios de santificación y la Iglesia "los administra".

Tenemos que entender que los sacramentos que Jesús puso en manos de la Iglesia, la Iglesia no se siente dueño de ellos, sino que los administra con un respeto sumo de todos y cada uno de los signos que provienen de Jesús o que provienen de la tradición. La Iglesia tiene un cuidado exquisito de no cambiar a nuestro gusto, a nuestro parecer, a nuestra moda, según los criterios culturales del momento, las ideologías, los distintos sacramentos.

El que administra es aquel que cuida. En el evangelio hay parábolas que nos recuerdan: "*Un Señor dueño de una hacienda encomendó el cuidado a unos siervos, se marchó; cuando volvió "pidió cuentas" de cómo había sido administrada la hacienda.*"

La Iglesia ha entendido muy bien esto, y vemos que no podemos ceder, cuando en determinadas épocas culturales, entran en crisis la celebración de algún sacramento; por ejemplo, en el momento actual, el sacramento de la confesión en bastantes lugares ha entrado en crisis dentro de la Iglesia. Y podría haber la tentación, en vez de "administrar un depósito de fe que Cristo encomendó a los Apóstoles", de replegarlo, de olvidarlo o pretender cambiar la esencia del sacramento y acomodarlo a la demanda cultural del momento. No, Nosotros somos administradores, ¿Quién es la Iglesia para cambiar el depósito que Cristo le ha confiado?.

Somos servidores de ese depósito, somos administradores, no somos dueños

El obispo "es el administrador de la gracia del sumo sacerdocio" (LG 26), en particular en la Eucaristía que él mismo ofrece.

En este punto se quiere, en unos pequeños retazos, dar una explicación de **cómo la Iglesia santifica**". En particular dice que es la EUCARISTÍA la máxima santificación que la Iglesia puede ofrecer.

El mayor medio de santificación que tenemos en este mundo es la eucaristía.

El mejor medio que tenemos para glorificar a Dios y darle gracias por todos los bienes recibidos es la eucaristía. Es la oración perfecta.

Los que celebramos la eucaristía, hay que decir que aunque no somos la imagen perfecta del Cristo que estamos ofreciendo en el altar, pero no por eso la eucaristía deja de ser válida, y no deja de tener su fruto. Es cierto que tendría más fruto, si los que la celebramos y la presidimos fuésemos más santos; pero no deja de tener su fruto por sí misma.

En la eucaristía tenemos un "cauce" a través del cual Cristo santifica al mundo.

No solo se convierte el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesús, sino que en esta transustanciación hay también una santificación del mundo.

De la misma manera que el Espíritu Santo ha transformado el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesús, pedimos también que santifíquelo allí presentes. Es una petición de que esa transformación de las especies se traslade también a la transformación y santificación de los allí presentes.

Esto lo decía el Papa Benedicto XVI en la eucaristía en la JMJ del 2005 de Colonia, y hablaba de que la eucaristía tenía un potencial transformador santificador del mundo; en ella se concatenaba una serie de transmutaciones, que el cambio del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Señor, no era el único cambio, sino que era el inicio de una serie de cambios, **de transformaciones interiores**. Ponía el ejemplo de la "Fisión nuclear" donde la trasmutación de uno de los átomos, genera en cadena una serie de trasmutaciones en el resto de los átomos.

Este ejemplo lo ponía para decir que la eucaristía es el inicio de la santificación, del cambio del hombre viejo al hombre nuevo, del hombre pecador al hombre regenerado: **El que recibe el cuerpo y la sangre de Cristo resucitado, resucita una vida nueva.**

Este punto del catecismo insiste, después de haber afirmado que la eucaristía es el medio de santificación principal de administración que tiene la Iglesia, en que **la eucaristía es el centro de la vida de la iglesia particular.**

Puede llamar la atención que se diga que la eucaristía es principalmente presidida por el obispo y que los presbíteros son colaboradores del obispo en esa celebración de la eucaristía. La tradición de la Iglesia nos enseña que **la celebración de la eucaristía presidida por el obispo constituye la fuente principal de la vida cristiana**, y en la medida que una sola eucaristía era insuficiente, porque iba creciendo la Iglesia, y era imposible que todo el mundo asistiera a la eucaristía presidida por el obispo, se recurrió a la ayuda de los presbíteros.

La Iglesia se extendía en la medida que en las asambleas legítimas se celebraba la eucaristía.

San Ignacio de Antioquia decía:

"Para conservar viva una Iglesia en la unidad se requería la existencia de un solo obispo, un solo altar, una sola eucaristía"

Es tan importante esta imagen de "una sola eucaristía", que ha quedado en la liturgia eucarística un signo que se llama la "comisión", que es el momento en el que el sacerdote, parte la sagrada hostia en dos partes y una pequeña parte de ella la deposita en el cáliz del vino, mientras que pronuncia unas palabras, en secreto, diciendo: *"El cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, unidos en esta cáliz, sean para nosotros alimento de vida eterna"*.

En la liturgia había hasta tres momentos donde se hacía este signo, y son distintos los significados que tiene este momento: recordar que en la eucaristía está el Cristo pleno en cuerpo y sangre, alma y divinidad; pero también hay otra significación, que es la que ahora nos interesa:

Otro de los significados que tenía es el hecho (lo relata San Irineo en el siglo primero) que el "papa envía la eucaristía a los obispos", en señal que los consideraba dentro de la Iglesia a aquellos que celebraban la pascua en la misma fecha que celebraba la Iglesia. Haciendo presente que la eucaristía es el signo de la unidad de las Iglesias: Era como decir: *"Hay una única eucaristía que santifica al mundo"*, y se envía un pequeño trocito de esa eucaristía (de la hostia) a cada obispo, y cada obispo la enviaba a cada sacerdote. El sacerdote que celebra una eucaristía en la parroquia está en unión con la eucaristía que celebra el obispo.

Había una leyenda que decía que San Juan había guardado un pedacito de la última cena, para mezclarlo con el pan de la eucaristía que posteriormente celebraban los Apóstoles.

En cualquier caso, ese pequeño trozo de hostia que se echa en el cáliz, se le llama también "el fermentum". Es decir el fermento que penetra en toda la Iglesia como la levadura en la masa. Ese fermento que penetra en nosotros para que nos transforme en Cristo. Este es el significado profundo, que por una parte remarca la unidad de la Iglesia: **"toda la Iglesia celebra la única eucaristía, y también es una eucaristía transformante, santificante"**.

Celebrar bien la eucaristía es ser santificados, ser hecho "otro Cristo".

El catecismo se expone en cuáles son las formas en las que los obispos y los presbíteros llevan adelante esta misión de santificación: **El obispo y los presbíteros santifican la Iglesia con su oración y su trabajo**. No olvidemos que a los sacerdotes se le encomienda la oración de la "liturgia de las horas"; y también se invita al pueblo que la rece también –aquí en Radio María se reza el oficio entero-. Pero a los sacerdotes, en el momento de la ordenación se les pide la promesa de ese rezo, en el diaconado. Es decir: **su "quehacer" es orar por el pueblo**, es una de sus funciones principales.

Es verdad que la oración del sacerdote no suplente la oración de cada fiel; pero el fiel entiende la oración del sacerdote como una oración de intercesión ante el padre. La imagen de Moisés que mantenía las manos levantadas al cielo, pidiendo por el pueblo.

El obispo y el sacerdote es un hombre orante, a imagen de Jesucristo, que nos dicen los evangelios, especialmente San Lucas, que *"Jesús se retiraba a orar"*. De hecho todos los sacerdotes (solemos comentar) que uno de nuestros peligros principales, es emplear nuestro tiempo *"Hablando a los hombres de Dios"*, y no tener tiempo para *"hablar a Dios de los hombres"*.

Este es el peligro del "camarero": que es que sale de la cocina con una bandeja llena de canapés y va por la sala y todo el mundo va cogiendo, y se vuelve a la cocina con la bandeja vacía sin que el mismo haya

probado nada. "Puede morir de hambre repartiendo comida". Por eso los fieles deben de orar por los sacerdotes, para que sea también un hombre de oración. Para que en medio del ministerio apostólico no caiga en el peligro del "activismo", que es vivir entre las "cosas de Dios" y no tener tiempo de postrarse ante Jesucristo, de tener un tú a tú profundo.

Hay muchos sacerdotes que por muchas circunstancias, pueden tener un trabajo de ministerio sacerdotal muy limitado; de hecho tenemos aquí en Radio María algún sacerdote ciego o impedido o paralizado que está colaborando haciendo algún programa; pero sin embargo su oración es absolutamente fructífera. Es más: ¿Cuándo fue más fructífero el sacerdocio de Jesucristo? : Cuando predicaba el sermón de la Montaña, cuando las multitudes le seguían, cuando la multiplicación de los panes...?. **Sin duda alguna, el momento más fructífero es cuando estaba crucificado y entregaba su vida en el silencio: "Padre perdónalos porque no saben lo que hacen".**

Lo que verdaderamente tiene de básico la santificación del sacerdote es **la celebración de la eucaristía y la oración por el pueblo encomendado.**

El catecismo insiste también en el "ejemplo del sacerdote", el ejemplo de su propia vida, es una forma de ejercer su misión de santificación:

La santifican con su ejemplo, "no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey"

1ª Pedro 5,3:

- 2 *Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forçados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón;*
- 3 *no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, **sino siendo modelos de la grey.***

Este es un ideal hermoso: **"Ser modelo de la grey"**. Es una de las primeras formas con las que el sacerdote debe de santificar al pueblo encomendado es la de ser modelo, haciéndolo **"Voluntariamente", vocacionalmente.** La diferencia entre el pastor y el asalariado, es que el pastor – como las ovejas son suyas- la entrega por las ovejas es algo totalmente vocacional; mientras que el asalariado lo hace un poco forzado, trabaja a horario.

El que entiende su función de sacerdote como una **vocación que Cristo ha identificado con su propio ser**; o la de alguien que lo entiende como "cumpli-miento", donde no se hace referencia al propio ser. Uno está predicando una cosa , y dicen: ¿pero, eso lo dices como sacerdote, o lo dices como tú personalmente...?; ¡Claro! yo no puedo distinguir mi condición de sacerdote de mi condición personal, y lo digo como soy. Y mi ser sacerdote y mi ser persona es una sola cosa. Yo no soy dos, soy uno.

Por tanto cuando uno cuida el rebaño, no es que sea un oficio, es que es mí ser, es lo que sale de mi corazón, porque es lo que Cristo ha puesto en mi corazón.

A diferencia de quien ejerce un oficio, que cuando está fuera de su hora no ejerce "hasta mañana a las ocho no tengo que trabajar en mi oficio".

Lo de ser **modelo de la grey**, el refranero incluso hace muchas referencias a esto: ***"No hay mejor predicador que Fray Ejemplo"***.

En las "Florecillas" de San Francisco de Asís, donde se dice que la hija de Fabaronio, en una de aquellas pláticas ejemplares, a la entrada misma de San Rufino, un domingo de cuaresma de 1210, que de mañana muy temprano, en compañía de un hermano, Francisco había subido a la ciudad a predicar. Dieron vueltas por la ciudad, con las manos metidas en las mangas. Al final se volvían al convento sin haber abierto la boca, sin haber predicado nada. Entonces el compañero le dice: "Padre, ¿pero no íbamos a la catedral a predicar... como nos volvemos al convento sin haber dicho nada?"; y el, le responde: "Si hermano, ya hemos hecho el mejor sermón. No olvides que no hay predicador comparable a "Fray ejemplo".

Dicho esto, hay que hacer un matiz. Que sabemos que un pastor debe santificar a su pueblo con su ejemplo, hay que decir que su ejemplo será siempre insuficiente **para significar, para visualizar a Jesucristo: siempre se quedara corto, porque es un hombre pecador.**

Jesús dijo:

"En la catedral de Moisés se han sentado los escribas y fariseos; haced pues y observad todo lo que os digan, pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen".

Apliquémonos esto a nosotros, porque todos tenemos en nuestro corazón un poco de esa levadura de fariseísmo.

Aunque el predicador no sea en su vida un fiel reflejo de lo que predica, no por eso, deja de tener valor lo que predica en la medida que es una doctrina verdadera transmitida por Jesucristo.

Ese refrán que dice: "*La verdad es la verdad, al diga Agamenón o su porquero*".

Ya sabemos que la verdad es mucho más hermosa cuando es dicha por alguien que las transluce, que en su propia vida la hace transparente. Pero no seamos tan torpes como para que el pecado del predicador nos impida ver la verdad de lo que es diciendo, **porque la verdad tiene valor por sí misma. La palabra de Cristo tiene fuerza por sí misma** y no por el "altavoz que la transmite".

Es verdad que necesitamos que se nos visualice la gracia de Cristo predicada, por eso los santos han tenido una mayor fecundidad apostólica. Uno ve al Santo Cura de Ars, o a San Juan de Ávila, la fecundidad apostólica que tuvieron y se ve la transparencia de su vida.

Pero a pesar de esto apliquemos esta palabra: cuando el obispo o el sacerdote no es santo: ¡"*Haced lo que él os dice!*". Y en vez de escandalizarnos recemos por la santidad de los ministros que predicán la palabra.

Damos un paso más para hacer una referencia a que **el obispo tiene una labor clave en supervisar la administración de los sacramentos.** De hecho, cuando comenzó la administración del sacramento del bautismo, al principio, era el obispo el que celebraba este sacramento. Cuando se extendió la Iglesia ya se encomendó a los sacerdotes, por la imposibilidad de que el obispo para acudir a todos los sitios. Pero se reservaba al obispo la imposición de las manos al salir de la piscina bautismal; y es aquí cuando se desdobra el bautismo de la confirmación.

De igual manera, le corresponde la administración de la disciplina penitencial, del sacramento del perdón de los pecados. A él le corresponde dar a los sacerdotes la facultad de perdonar los pecados. Y puede ocurrir que a un sacerdote, por lo que fuere, durante un tiempo el obispo le puede retirar esa facultad de perdonar los pecados.

Y Cuando hay un pecado especialmente grave que tiene la pena e excomunión, es el obispo el que tiene la facultad de levantar esa excomunión.

Que **el obispo tiene una labor clave en supervisar la administración de los sacramentos, de cuidar que se celebren bien los sacramentos**, de llamar la atención cuando se celebran mal.

Todos los sacerdotes celebramos los sacramentos, pero unidos al obispo.

Lo dejamos aquí.